

JORGE LÓPEZ PÁEZ

El nuevo
embajador
y otros cuentos



letras mexicanas

EL NUEVO EMBAJADOR Y OTROS CUENTOS

JORGE LÓPEZ PÁEZ

El nuevo embajador y otros cuentos

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2004

[Primera edición en libro electrónico, 2013]

López Páez, Jorge

El nuevo embajador y otros cuentos / Jorge López Páez. — México : FCE, 2004

362 p. ; 23 × 17 cm — (Colec. Letras Mexicanas)

ISBN 968-16-7203-8

1. Cuentos 2. Literatura mexicana – Siglo XXI I. Ser II. t

LC PQ7297

Dewey M864 L247n

D. R. © 2004, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: R/4, Pablo Rulfo
Viñeta: Roberto Rébora

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-7203-4 (rústico)

ISBN 978-607-16-4668-2 (pdf)

ISBN 978-607-16-1310-3 (ePub)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ÍNDICE

El viaje a Zacatecas con Rico Caballero.....	11
Antes del viaje a Zacatecas con Rico Caballero	22
El nuevo embajador	56
Ciudadano del mundo	73
Sólo quesadillas	119
Mi gran amigo Fede	128
Imprevisibles reacciones de familia I	139
Imprevisibles reacciones de familia II	155
Países amigos: Chile-México	188
Madre sólo hay una o El impermeable de papá	224
Octavio Landeros Pérez	247
Algún tiempo después	279
Tía Tota y Totita	299
The Little Vicious Pervert	335

In memoriam
DONATO RUIZ
1937-1998

Para MANUEL DE EZCURDIA

EL VIAJE A ZACATECAS CON RICO CABALLERO

ESA MAÑANA del lunes me senté a la máquina de escribir con un desgano ante semejante tarea; un artículo de fondo para el suplemento cultural, grande; dos reseñas de libros: unos articulitos con el nombre de asteriscos en los que se trata de cualquier asunto, en el argot: maquinazos. Desde el día anterior me venía la frase de Octavio Paz: “Si me hubiera quedado en México habría tenido que dedicarme a escribir periodismo literario”. Es probable que lo cite mal, pero siempre es bueno citarlo, se justifica que uno lo haya leído y de cualquier modo se reviste uno, aunque sean galas ajenas. Además era la purita verdad: estaba dedicado por completo al periodismo literario. ¿Lo había elegido o era víctima de las circunstancias? Yo mismo me sonreí. Era una pregunta más de la mala fe, que no es tan mala porque lo ayuda a uno a vivir. Vivir con la verdad pura enfrente, como espejo veneciano. No creo que nadie pudiera soportar tamaña imagen.

Las dos primeras cuartillas me costaron un chingo. Anotaré la manida, pero justa frase: “Con el sudor de mi frente”; y me quedo corto: todo mi cuerpo estaba humedecido, consecuencia lógica: una sed insoportable. ¿Qué pediría primero en la cantina: un jaibol, una campechana, cuál de las cervezas o acaso un tom collins? Malas visiones, entre otras cosas porque la cantina todavía no estaría abierta, y si lo estuviera sin ningún cliente, tendría que hablar con José María de fut, que tanto me gusta, y a él también, pero no sabe, y por si fuera poco es partidario del Cruz Azul. En la casa nadie, los únicos ruidos los del refrigerador y el ronroneo de los gatos. Me levanté con la esperanza de que Martina, mi mujer, se hubiera descuidado y por algún lugar encontrara un fondito de botella. Lo previsible: nada, absolutamente nada. Eso sí, para tentarme: una botella de Dos Equis. Me la hubiera tomado, a sabiendas de que después de hacerlo no me saldrían ni dos renglones. Yo necesitaba un chingadazo fuerte: aunque fuera ron. El repiquetear del teléfono me hizo creer que era una risa, una burla mecánica. Me pensé en contestarlo, ni siquiera iba a ser para mí, sino para Julia nuestra secretaria, cocinera, ama de llaves. Por inercia lo hice.

Era el representante del gobierno de Zacatecas. Andaban tras de mí desde

semanas atrás, aunque no fuera creíble y no habían podido hallarme. Debía de estar allá el próximo miércoles. Nombró el hotel, la remuneración y mi participación, que sería mínima. Tardé en contestar, al fin dije que sí.

Martina no podría reprocharme: yo volvería con dinero, no daría ninguna molestia durante esos cuatro días fuera, y lo más importante ella se quedaría tranquila. Mi participación me mantendría ocupado día y noche. Con semejante cometido ni un trago, ni un coqueteo. Yo no escapaba de mis responsabilidades, para cumplir con ellas hacía el viaje: un verdadero sacrificio.

Casi como si fuera una máquina Xerox así salieron mis cuartillas, las que no me inmortalizarán. El martes, precisamente, a las diez y media de la noche estaba todo listo, incluyendo al mensajero que entregaría mis contribuciones.

El autobús que me recogería en mi casa no arribó puntualmente, en vez de llegar a las ocho estuvo a la puerta a las nueve y pico. El chofer se disculpó por la tardanza y me explicó que yo era el último. Al entrar la penumbra no me permitió reconocer a mis compañeros de viaje, deseoso de encontrar el asiento que me tocaba. El chofer no esperó a que yo me instalara, echó a andar el vehículo. Me sujeté de uno de los asientos, cuando oí un bisbiseo y vi el gesto de una mano que me invitaba a acercarme: era Ricardo Caballero. Junto a él, el asiento de la ventanilla estaba libre. Se paró para que yo me acomodara.

—Esto que te sucede no es la casualidad. Supe que venías en “esta excursión cultural”, fingí estar dormido. Por mi edad, ve mis canas, no me despertaron. Como si yo fuera un primerizo cometí un gran error, no pedí la lista de los participantes. Cuando vi subir a algunos me aterró. Le pedí al chofer la lista. Si no hubieras estado tú incluido ten la seguridad que me habría bajado. Pretextos no me hubieran faltado.

—No me pude dar cuenta de quiénes vienen.

—Ya te preparé, si no te hubiera dado un infarto, a pesar de lo joven que eres.

—¿Vienen mujeres?

—Si tuvieras seis meses de abstinencia no te echarías a ninguna, ni con amenazas de muerte. Están mejor ellos. Claro que en esas circunstancias.

Me acordé de una de sus respuestas, cuando desconcertó a cierta señora muy convencional, la que al inquirir: “¿Cómo está Herminia? (la esposa de Ricardo Caballero), repuso: “Buena, pero hay otras mejores”.

Me dio un acceso de tos. Él esperó pacientemente a que amainara el ataque.

—¿Qué estás muy necesitado de mujer?

—Ahorita, de ninguna manera —me arrepentí en el momento en que lo dije, pues Ricardo Caballero agregó: “Te dejaron venir ya vacunado, ¿verdad?”

—¿A qué te refieres?

—Mi querido amigo, no te hagas pendejo. Yo también fui joven. Y ése era el requisito para dejarme ir. Tú me contestaste con la verdad: “Ahorita”, ya te veré en la noche, porque a tus años se repone uno en un abrir y cerrar

—de piernas.

—Te adelantas muchacho.

Nos reímos al unísono. Después sólo oímos el ruido del motor, y los claxonos.

—La muchedumbre duerme.

—Yo no dormí bien. Mis trabajos los terminé ya noche, y con la excitación.

—Porque ibas a cumplir tu tarea matrimonial a huevo.

—Ahora eres tú el que te adelantas.

—Si con eso me quieres decir que te vas a dormir un ratito yo también lo voy a hacer. Yo no dormí bien por razones totalmente opuestas a las tuyas: no debo cumplir con ningún débito matrimonial. Mis canas me sacan de muchos apuros.

Recargó su cabeza en el asiento. Yo hice lo propio y efectivamente estaba tan cansado que no me pude cerciorar si había fingimiento o en realidad dormía. Muy bien debe haber coyoteado como dos horas, pues al despertar estábamos adelante de San Juan del Río. Comentó Rico Caballero, que es como se le nombra: “No te quise alarmar, pero esta vez me olvidé de mis botellas de whisky. El chofer llegó antes de la hora señalada. No quise hacer esperar a esta triste muchedumbre que viene con nosotros, y salí despavorido. ¿Acaso tú traes algo?”

—La poca bebida que tenía me la terminé anoche. Si hubiera salido a esas horas Martina hubiera pensando no sé qué cosa.

—Es una mujer bien pensada: acierta.

—Conoces bien a las mujeres.

—Con una permanente basta. Pero dejemos estas pequeñeces, lo importante es saber cómo vamos a solucionar este problema.

—Dime quiénes vienen Rico.

—Ninguno tiene imaginación, con decirte que varios son del Colegio de México.

—Estamos perdidos.

—Perdidas las horas hasta que lleguemos a Zacatecas. No es que me preocupe por mi reputación, pero no me atrevo a pedirle al chofer que se detenga.

Según me dijo debemos llegar a determinada hora. Todo tiene que ser puntual. ¿No te entregaron el programa de las actividades?

—No me podían localizar. Acepté el lunes: es un milagro que esté aquí.

—Y a propósito ¿dónde estamos? ¿Por qué se detuvo el camión?

—Sé que estamos adelante de San Juan del Río.

Entonces vimos que los compañeros que iban en los asientos delanteros bajaban. Hicimos lo mismo. Observamos que todos miraban una gran llanta del camión ponchada. Espíritus contemplativos. Detrás de nosotros el resto de la comitiva. Tenía razón Rico Caballero: ambiciosos, frustrados y lo más importante: pretenciosos. Unos nos miraban desde sus atalayas de las torres de la Ciudad Universitaria, los otros desde la Torre de Picacho, allá rumbo al Ajusco. El chofer, instintivo, no les pidió ayuda, porque sabía que no se la iban a dar, en cambio se acercó a la carretera, mendigante. El campo seco, como nuestras bocas y gargantas, lejos, como a un kilómetro, una casucha, a donde distinguí, con mi miopía un anuncio de coca-cola. Intercambiamos miradas Rico y yo. Me acerqué al chofer: “Vamos allí, a comprar unos refrescos. No nos vayan a dejar”.

—Pierda cuidado. Aun si encuentro ayuda “apropiada”, tardaremos nuestro tiempcito. Vea usted que es la llanta interna —y como si yo no entendiera, explicó: “La de adentro”, al tiempo que la señalaba.

Una cosa es desear algo y otra obtenerla. El primer obstáculo fue la carretera, si es apropiado el decir que los vehículos pasaban como “bóolidos”, a ciento cuarenta kilómetros por hora. Vi desconfiado a Rico con su gran peso. Sensible a mi mirada, se justificó: “Ya estoy viejo”. Yo no tenía ninguna salida, sino asumir que yo estaba gordo. Llegué a pensar que no cruzaríamos. Ni yo lo cuidé en la operación como viejo, ni él a mí como joven. El sol a pique, nuestras frentes sudorosas. Éramos una incongruencia los dos Sanchos, él alto y gordo, yo charro y con mis buenas carnes. Allí nos vino la duda, que en distinta forma la expresamos. ¿Tendrían algo en la casucha estando tan jodida? Si Ricardo Caballero había venido de la provincia y había andado por terrenos abstrusos, lo había olvidado, era tan ciudadano y torpe como yo para andar en esos pisos, dije “pisos”, recién arados. Como había leído aparecieron los perros de ranchos, ladradores y agresivos. Para nuestra ayuda apareció una campesina flaca, que se cubría el rostro con su escaso reboso. Espantó a los perros, que por cierto obedecieron de inmediato. Era natural que nos viera con extrañeza con nuestra inusitada vestimenta, como si fuéramos inspectores. Rico Caballero con su

agreste y ronca voz, intentó calmarla: “Se nos descompuso el camión. No hay quien nos ayude”.

—Señor, el próximo taller está lejos. Mi esposo dice que son cinco kilómetros, a mí se me hacen más.

—Tenemos mucha sed —asentó Rico.

—El sol está juerte, muy juerte, señor. Yo aquí solamente tengo cocas. Están bien frías. El del hielo pasó muy de mañanita. Pasen y siéntense.

—Señora... —dejó Rico la frase en suspenso, la continuó en voz muy baja— ¿qué no tiene, algo más para acompañar las cocas?

—Sólo unos tacos de frijoles. El queso se acabó esta mañana.

—No queremos comer —repúsose Rico, aflojándose la corbata, acomodándose en un muñón de tronco a guisa de asiento.

No contestó, nos vio, midiéndonos de arriba para abajo, después dirigió su vista hacia el distante camión.

—Ustedes dispensarán. Nosotros no vendemos. No está permitido...

—Usted dice el precio —insinuó Rico.

—Tengo un poco de ron...

—¿Siquiera es una de esas de dos litros, de esas que les dicen “piernonas”?

Volvió a hacer la misma operación, esto es medirnos, ver el camión, para meterse en el jacal. Tanto Rico como yo dejamos de oír el paso de los vehículos, para aguzar nuestros oídos sobre las operaciones internas. A mí se me hizo mucho el tiempo. Escuché sonidos como si atizara un fogón, el rechinado de una cuerda, como si de ella pendiera una cuna. Los perros frente a nosotros atentos. Apareció. Repitió la operación de examinarnos, para decir, dirigiéndose a Rico: “Señor sólo tengo una botella entera y la otra empezada”.

Rico y yo preguntamos, en total acuerdo: “¿De qué?”

—De Bacardí.

—Trato hecho —se me adelantó Rico.

Mientras la mujer se internaba de nuevo al jacal, vi hacia el camión: toda la caravana venía hacia nosotros.

La mujer no se aprovechó de nuestro desvalimiento: las cobró a un precio razonable, como un vaso de agua en medio del Sahara. Nos proporcionó una bolsa doble de plástico para que trasportáramos las botellas y una coca gigante. Apenas diez metros distantes de la casucha nos topamos con la caravana. Cortésmente nos saludaron, algunos resultaron ligeramente conocidos míos. Más de tres al dirigirse a Rico lo llamaron “maestro”. Ninguno de éstos era del Cole-

gio de México. La mayoría se fijó en la bolsa que cargábamos al alimón Rico Caballero y yo, con la mano desocupada les hicimos un gesto de que ya no había nada.

El chofer nos agradeció el trago de coca que le ofrecimos. Había terminado con el arreglo de la llanta; los ocupantes de un trailer lo habían ayudado. Nos tocó oír los hasta luego, y ver, al otro lado de la carretera a nuestros compañeros, quienes portaban, cada uno, diferentes refrescos. Todos tenían prisa por meterse al camión. Rico y yo permanecemos abajo hasta que subió el chofer. Ocupé mi asiento. Rico se quedó de pie, y pronunció con su gutural voz: “Un representante del grupo, para que distribuya esta botella”.

Hubo un gran murmullo. El chofer que se había adelantado a la carretera suspendió la maniobra. Fue fácil distinguir dos grupos: el del Colegio de México y los otros. A uno de estos últimos le entregó la botella. Continuó el alboroto. Con una seña Rico me indicó que no les hiciéramos caso y nos preparáramos nuestras bebidas.

Antes de llegar a Aguascalientes en un pobladito se detuvo el chofer. Nos dio escasos diez minutos para que compráramos qué comer. Rico y yo cambiamos la media coca que nos restaba por otra bien fría. Nos agenciamos unos magníficos vasos de plástico y limones. A los nueve minutos el chofer tocó el claxon con insistencia. Hubo leves protestas. Nosotros no comimos, y no lo necesitamos.

Poquito antes de llegar a Zacatecas le eché un ojito al programa. No había respiro. Media hora nos dieron para arreglarnos. Tanto a Rico como a mí nos tomó diez minutos, y nos reunimos en el bar. Creo que señalé que todo estaba pagado. Apenas alcanzamos a tomarnos una. Impacientes nos arrearon a la inauguración, a oír infames discursos. De nuevo el acarreo a una aburrida cena, que se prolongó más de lo debido. Rico, tan hábil en esos menesteres, no pudo zafarse: le tocó en la mesa principal junto al gobernador. Después de que terminó la cena, pasada la una, todavía nos dieron un tour por la ciudad para verla en el esplendor de la iluminación. Yo la vi en entresueños. Al despedirnos Rico se quejó de nuestra imprevisión. Si hubiéramos traído una botella de whisky nos hubiéramos podido tomar las camineras. En realidad Zacatecas era una pinche ciudad de provincia. ¡No tener abierto un bar a las dos y media de la madrugada! ¡El colmo!

En la mañana hubo mesas redondas. Yo la mía la despaché pronto, Rico la terminó una media hora después, lo que nos dio tiempo de tomarnos unas “chelas” bien frías.

A las doce habíamos salido hacia el convento de Guadalupe para que descubriéramos las maravillas que contiene. Rico, más viejo y por lo tanto más avezado que yo, portaba una como cartera de cuero que colgaba en su hombro izquierdo.

A la vista del convento declaró Rico Caballero: “Tú, muchachito, has de estar muy ganoso de ilustrarte en el arte colonial. ¿No es así?” Por toda respuesta me reí, él continuó: “Ya veo que no eres partidario de andar en rebaño. Sé que te interesa el arte colonial, que quieres ser día a día más culto. No te preocupes, al llegar a México te prestaré una monografía sobre este convento. No verás a San Cristóbal tan grande, pero no te torcerás la cabeza, cuadros mal iluminados los verás perfectamente. No sigo. Además no tendrás necesidad de ir por el libro, yo te lo mandaré con el chofer”.

—Me doy.

Nos esperaba un grupo de edecanes guapísimas. También estaba un grupo de jóvenes zacatecanos, todos aspirantes a escritores. Esperamos a que la caravana entrara. Los jóvenes atentos a nuestros movimientos, así principió a decir Rico: “Jóvenes compañeros, porque aquí todos somos poetas. ¿No es así?” Nadie contestó, siguió: “Todos ustedes conocen este convento de memoria. ¿Verdad que San Cristóbal tiene seis dedos en el pie derecho?” Se hizo un silencio, que rompió el balar de un atajo de cabras. “No se han fijado porque no han leído la monografía del convento por Marianita Ovando Barragán, del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Yo les prometo enviarles una copia fotostática. Luego cambiaremos direcciones. A mi compañero y a mí nos gustaría más platicar con ustedes. Con toda seguridad deben conocer algún lugarcito apropiado. ¿Verdad?”

Pareció que les habíamos hecho cosquillas, como si fueran señoritas avergonzadas. Un muchacho de unos veinte años, prietillo de ojos vivaces, dejó de reírse y de cambiar mirada con sus compañeros.

—¿No le hace maestro que sea la cantina de un “bul”?

—No conozco cantinas para bueyes —celebraron el chiste. El prietillo no se amilanó. “Maestro sé que usted lo sabe, pero en caso de que no: aquí le decimos así a los burdeles. No vaya usted a creer que es la gran cosa.”

—¿Se puede llevar qué tomar?

—Sí maestro, se les da una corta feria y todo se arregla.

A escasa cuadra estaba una casa de mampostería de dos pisos. En la parte inferior había un portalillo con varias mesas y nos instalamos. Ya para ese

momento sabíamos que el prietillo se llamaba aliterativamente Miguel Moguel, el cual ya había desaparecido en el interior. Apenas sentados se levantó Rico Caballero. Supimos que tenía una necesidad noble y sentimental. Mi sed me hizo estar impaciente. ¿Qué tanto hacían allí adentro? Los muchachos no cesaban de preguntarme. Como si yo pudiera contestar todas. El ruido de entrechocar hielos me reanimó. Una muchacha flaca, muy flaca, con los ojos excesivamente pintados, traía una charola con vasos, refrescos y hielos. A la cual, era evidente, le molestaba la luz del mediodía, como si acabara de salir de una ratonera. Apareció primero el muchacho Miguel Moguel, cuando salió Rico extraía de su colgante cartera una botella de Chivas Reagal: ¡enterita! Vi el día más luminoso, la luz ya no escocía los ojos, hacía ver más claro, más nítidos los contrafuertes del convento.

Coincidió el finiquito de la botella con la emergencia de la caravana del convento. En un cortijo, nada distante, nos ofrecieron un banquete. Los muchachos no nos abandonaron. Estaban literalmente encantados con el humor de Rico Caballero, su aparente cinismo les divertía, y ante sus sarcasmos deliraban, obviamente tomando apuntes, perfecto modelo de conducta. A las cinco nos arrastraron a Zacatecas al hotel, solamente a que nos laváramos los dientes. Señal de que no me acuerdo qué se trató en la mesa redonda en que tomé parte. De allí a una cena que nos ofrecía el ayuntamiento, con discurso del presidente municipal. Quien, por cierto, fue muy aplaudido y su generosidad con la bebida no tuvo igual. A las doce anunciaron que el transporte estaba listo, pero que si algunos deseaban quedarse podrían hacerlo, tan pronto como nos dejaran lo volverían a tener a su disposición. Me asombró que los apretados del Colegio de México se quedaran, así como también nuestros acompañantes, salvo Miguel Moguel, el prietillo. Su admiración por Ricardo Caballero era recompensada con la indulgencia de éste. Yo, casi es redundante expresarlo, estaba muy cansado e igualmente borracho. Insistió Rico que me bebiera la caminera en su cuarto. Hombre previsor. Había todo el servicio, con excepción de los hielos. Rico y el muchacho todavía se quedaron bebiendo cuando me fui casi tentaleando a mi cuarto, que para fortuna mía distaba solamente dos habitaciones de por medio.

A la mañana siguiente me encontré a Rico Caballero en el comedor, leía el diario local. A mis buenos días respondió: “Las chelas vendrán con el desayuno. También te pedí unas puntas de filete a la mexicana. Invité al joven a desayunar. Espero que no tarde, porque la horda va a aparecer. ¿Que por qué me apre-

suro? No sé si recuerdes que a las diez nos recogen para ir a Jerez. Hay que ver a huevo la casa del vate jerezano”.

—Como que no estoy para esos trotes. ¿No tienes por casualidad tú una monografía sobre Jerez y el vate?

—¡Claro que la tengo! Aquí sí voy a ser serio. Hemos hecho lo que hemos querido, pero el que te quedes y no vayas a Jerez sería un crimen de lesa zacateñidad. Eso sí sería imperdonable. Con las dos cervezas que tengo ordenadas para el desayuno nos vamos a sentir mejor. Mira ahí viene nuestro joven poeta.

—¿Qué, es poeta?

—Ese bulto que trae me imagino que son sus obras completas. ¡Qué chinga!

Tal como lo había pronosticado me sentí mejor después de tomarme las chelas bien frías, Me dormí todo el camino. En el patio de una casa ruinoso, bajo unos viejos manzanos nos sirvieron una magnífica comida. Los del Colegio de México tuvieron que reconocer nuestra categoría, porque era inevitable que vieran sobre nuestra mesa tres botellas de Chivas Regal, a diferencia de la suya en la que estaban también tres botellas de tequila Viuda de Martínez, la desigualdad se debía a que ellos tomaban a costa del ayuntamiento y nosotros por cortesía y generosidad de Rico Caballero.

Regresamos a Zacatecas. Nos arreglamos para la sesión plenaria, también generosamente ofrecida por la Universidad. La bebida *ad libitum*. En ese momento ya me sabía los nombres de todos los jóvenes poetas zacatecanos que nos rodeaban. Desacostumbrados a beber whisky pronto empezaron a hacer visajes. Admiré la elección del favorito de Rico: Miguel Moguel no cometió un solo *faux pas*, tanto que a pie nos acompañó a nuestro hotel, a escasa cuadra de donde había sido la cena.

El bar del hotel cerrado. Rico Caballero no hizo ninguna exclamación de dolor, como la hice yo, en la creencia de que habíamos consumido en Jerez nuestra dotación de whisky. Vi a Rico hacerle señas a un mozo, él respondió con un movimiento de cabeza, asintiendo. Se volvió Rico hacia nosotros: “El hielo ya está en el cuarto”. En el elevador hizo dos o tres chistes, tan fresco como si se hubiera acabado de levantar. Yo por inercia los seguí, pensando que cuándo podría beber en esa compañía en México. Siempre había el miedo al reproche, el avisar por teléfono, el que se me fuera a pasar la hora.

Rico se adelantó para abrir la puerta, caballerosamente nos indicó que pasáramos. Me extrañó que estuvieran prendidas las luces. Calculé que el mesero no las había apagado. Olvidé que Miguel Moguel entró antes que yo y le oí, por-

que solamente a él escuché, dar unas buenas noches. Entonces pude ver a una señora muy grande de edad, pasada de carnes, que se levantaba de un sillón, que estaba precisamente en el costado opuesto de la puerta. Después una exclamación: “¡Rico, Rico!” Me volví hacia éste, que con la mano izquierda detenía la puerta. “Pero Rico, ¿acaso no me reconoces?” Rico Caballero tenía una expresión de asombro, de incredulidad, su boca medio abierta, miró a la señora, a nosotros. La señora por tercera vez exclamó: “Rico, no es posible que no me reconozcas”, miraba hacia Rico, nosotros de por medio, él como avergonzado inclinó la cabeza para examinarse, tal vez para ver el cambio sufrido. Entonces Rico, en un tono de voz bajo, sin nada de guturalidad, arrastró la voz, como si terminara equivocándose: “Eres tú, Carmina, ¿verdad?”

La mujer dio un paso hacia nosotros. Se detuvo, afirmó: “Lo único que no me ha cambiado es la voz”.

—¡Carmina, cuánto tiempo! ¿Vives aquí?

—No, estoy desde ayer aquí. No te pude buscar anoche. Mi nietecita se enfermó, no podía dejarla sola en el cuarto.

—¿Estás en el hotel?

—En el piso de abajo. Vivo en León. Vi en el *Sol* que vendrías aquí, a Zacatecas. Siempre soñé en volver a verte. Puse como pretexto que había hecho una manda para una virgen que está en el Convento de Guadalajara. Tuve que traerme a mi nietecita.

Entonces con su voz habitual, Rico manifestó: “Pasen muchachos, siéntense. Tú Carmina ¿quieres una copa?”

—No puedo, no puedo. Sólo quería verte, quería despedirme de ti, porque es seguro de que nunca más nos volvamos a ver. Fírmame tus libros. Y dedícamelos a mí. Nada más no los feches.

La superficie del tocador del cuarto estaba llena con los vasos, la cubetilla con hielos y las botellas. Entonces Rico se arrodilló en un lado de la cama y dedicó los dos libros, sin levantar la cabeza.

De pie se los entregó. Ella dijo: “Eso es todo. Me tengo que ir, no sea que mi nietecita se vaya a despertar”. Rico tenía sus dos manos entrelazadas a la altura de la bragueta. Detuvo la puerta que había permanecido abierta. “Te dije Rico que vivo en León, me apellido ahora Melgarejo”. Cerró la puerta lentamente, casi no se oyó el sonido del pestillo. Rico pasó frente a nosotros en dirección del tocador. Tanto Miguel Moguel como yo permanecemos parados, incómodos, sin saber si irnos o quedarnos. Oí el gorgoteo de la botella, el tintinear de los

hielos, la caída en el vaso del agua mineral. Se volvió Rico entre nosotros con el vaso de Miguel Moguel y el mío, luego levantó el suyo, que no tenía hielos ni agua mineral, estaba a la mitad. Hubo intentos de conversación, ninguno levantó el vuelo. Cuando nos terminamos el trago nos fuimos.

Rico y yo desayunamos, hizo algunos comentarios sobre el periódico local. En el camión se refirió a la horda, pero desganadamente, sin ningún detalle punzante. Me dormí, pasábamos por Querétaro, cuando volviéndose a mí, dijo: “Nunca pensé en dejarla. Ella se fue a una gira. La vine a ver un fin de semana aquí, en Querétaro. Luego cartas, telegramas. Ni siquiera pasó por México cuando fue a Sudamérica. Hubo cobardía de mi parte, prejuicios, conveniencia, como si no hubiera podido tragar, dije ‘tragar’, el que fuera artista de cabaret, porque bailaba y cantaba. ¡Lo guapa que era! Como dijo ella, la reconocí por la voz”. Se acomodó en su asiento, se volvió hacia el pasillo, dándome la espalda. Sólo eso dijo. Al día siguiente en mi casa encontré una bolsa con la monografía del Convento de Guadalupe, además un libro grande con preciosas fotografías de Zacatecas. En el recado asentaba que yo había olvidado los libros, implicando que eran míos. Martina que recibió el sobre abierto quedó muy satisfecha.

ANTES DEL VIAJE A ZACATECAS CON RICO CABALLERO

EN TACUBAYA, a un costado del edificio Hipódromo, estaba un restaurante-bar, más esto último que lo primero, regentado por un alemán, que al igual que a otros restauranteros todo mundo lo llamaba Fritz. Allí había llegado a eso de las diez de la noche, después de una tarde de noviecito. Acudí a la casa de Teodora. Saludo a sus padres y a sus “hermanitos”. Pedir permiso para ir al cine y después de salir del puto cine encontrarse con una lluvia menuda, pero qué mojadora. Besitos debajo de una marquesina, correr a otra, otros besitos y llegar empapados a la casa de Teodora, donde no se les ocurría otra puta cosa que darme té como si fuera un pinche inglés, y unas rejodidas galletitas, que por no sé qué motivo, claro que retorcido, las llamaban galleticas, tal vez por un ancestro español que ha de haber llegado con los conquistadores, porque, carajo, qué prietos son en esa familia, y aclaro: no tengo prejuicios raciales, porque tengo cola que me pisen. Hasta ahora nadie me ha dicho que tengo la mancha asiática; también es verdad que soy bastante pudoroso, porque no he tenido la oportunidad de encuerarme. Pero estoy desvariando, como si hubiera estado tomando en el restaurante alemán toda la tarde del sábado con José Antonio, con Joaquín Extremadura o con cualquiera de los que no son habituales, pero que se acercan a frecuentarnos de vez en cuando. Salí de mal humor de la casa de Teodora, apestando a perro mojado, y no exagero, vestido con aquel traje de casimir, pesado, corriente, pero que era el único presentable. ¡Qué bueno que pasaron esos tiempos en que había que andar siempre de tacuche, con corbata! ¡Benditos mis hijos que no tienen que pasar por esto! ¡Cierto que ellos sí exageran en su libertad de manifestarse casi como pordioseros, o como simples peladitos. Pero qué podemos hacer con las *mores* de hoy. ¡Que Dios los bendiga!

Le había hecho seña al cantinero de que tomaría lo habitual, o sea un tequila blanco. Mientras llegaba tomé unas servilletas de papel y a guisa de plantillas las puse en mis zapatos para que aminoraran la humedad. Terminaba de hacerlo cuando, al levantar la vista me encontré a José Antonio Domínguez y a Joaquín Extremadura. El primero, como siempre ha sido guapo, cultivaba su aspecto de mexicano-argentino, si es posible semejante combinación, y Joaquín

Extremadura anglófilo, con su pantalón gris, impecable, y su saco de *tweed*. ¡Cómo le hacían este par de cabrones para que los elementos no los alcanzaran! Sus cabelleras asentadas, sus ropas sin gotas de lluvia, como si hubieran acabado de salir de un aparador, como de la casa Rionda.

José Antonio con su pausada voz, deliberadamente así empleada, para ocultar ligero tartamudeo, expresó: “Tanto Joaquín como yo teníamos la esperanza de que te hubieras ya acabado tu tequilita, para irnos de inmediato. Ahí en la puerta está el taxi esperándonos”.

—Bien sabes José Antonio que no me gusta hacer nada precipitado —aproveché la llegada del mesero para pedirle que despachara al taxi, en tanto ellos se metieron en el baño. Calculé que habían tenido también su tardecita de noviecitos y estaban fastidiados, con muchas ganas de que nos fuéramos a divertir al Bagdad.

Al ver los dos mi tequila intocado decidieron tomarse sus respectivos whisky y brandy. Joaquín aunque anglófilo prefería, como buen español, su brandy. Ambos, a pesar de su flema, transparentaron su ansia de estar en el Bagdad, ya que al traer las copas el mesero, José Antonio pidió de inmediato la cuenta. Comenté: “Están impacientes. Laura y Enriqueta como que los dejaron encarilados, quieren llegar pronto a la meta”. Mi comentario pareció no ser escuchado.

Ya en el taxi comprendí que José Antonio lo había oído ya que explicó: “Si llegamos más tarde las mesas de la pista estarán ocupadas, hasta el cuarto para las once nos las aparta Ramón”. Yo a la carga: “A mí no me gustan las candilejas, aunque sean en un cabaret”.

—Es que eres tan conocido que no quieres —interrumpió a José Antonio Domínguez, en su ataque contra mí, Joaquín Extremadura: “No es por eso, no le gusta que lo vean con la vedette. Y aquí entre nos a nosotros tampoco”.

Me volví hacia la ventanilla: la cabrona agua terca, monocorde, inmisericorde. José Antonio y Joaquín Extremadura continuaron su plática, la que no me interesó oír. Me había molestado que se expresaran de ese modo de Carmina, probablemente les disgustaba su preferencia para conmigo.

Pudimos haber llegado al Bagdad más tarde, estaba medio vacío, la puta lluvia coartaba a la gente los deseos de salir. Ramón, el jefe de meseros, nos condujo a la que se consideraba la mejor mesa. No bien acomodados oí la voz de Carmina: “¡Qué bueno que ya están aquí! Ramón estaba inquieto, no fueran a ganarles la mesa”.

—¿Quién de ustedes se retrasó? Espero que no haya sido el poeta (se refería a mí), ¿o fue José Antonio o Joaquín Ceceo?

—Extremadura —corregí yo.

—Con permiso de ustedes me voy a sentar un rato a platicar con mi poeta.

José Antonio y Joaquín Extremadura ni caso le hicieron a Carmina viendo al ganado del cabaret.

—Siéntate el tiempo que quieras Carmina, por el *cover* no te preocupes yo tengo un arreglo con Ramón.

—No es eso: me tengo que ir dentro de poco.

—¿Y tu número?

—¿No me ves despintada?

—¿Estás enferma? ¿O hay algún problema?

—Nada de eso. Me trepé a la tarima al cuarto para las diez. ¿Acaso no ves ese confeti?

—¿Y eso qué?

—Significa que ya pasó la primera variedad.

—¿Y la segunda?

—Yo no me presentaré.

La orquesta comenzó a tocar y en ese momento se pararon José Antonio y Joaquín a bailar. Derechitos a sus respectivas parejas. Les gustaba cambiar. Con las que comenzaron a bailar no eran las mismas con las que lo habían hecho una semana antes.

No le pregunté a Carmina el motivo por el que no actuaría en la segunda variedad, porque había notado que no le gustaba dar información sobre ella. Tampoco le gustaba inquirir sobre la mía. Así que yo la pasaba bien. Además, en ese entonces, qué le podía referir. De reojo la vi pensativa, cosa contraria a ella, a su carácter alegre, dicharachero. Tampoco me consideraba un experto sobre ella, en esa ocasión era la quinta vez que la frecuentaba. La primera vez que la traté yo estaba solo, en espera de José Antonio y Joaquín, quienes tenían compromisos con sus respectivas “noviecitas”. Yo estaba muy aburrido. Vi a Carmina cerca de mí y le pedí que se sentara en mi mesa. Se sonrió, elevó su rostro en diagonal, con un gesto que quería decir: “¿Y éste no sabe que no ficho?” Se volvió deliberadamente al lado contrario de donde yo estaba.

Me paré, le dije: “Acompaña a esta alma desesperada. Yo invito”.

—¿Acaso querías que yo lo hiciera con el alma desesperada y pendeja?

Me reí y ella hizo lo mismo. Ramón que estaba cerca intervino: “Carmina, ¿qué no conoces al poeta?”

—¿Qué se cree Amado Nervo?

—¿Y por qué Nervo? —pregunté yo a mi vez.

—Pues porque es el único que he leído.

—Pues por Nervo ven a platicar conmigo.

Aceptó tomarse una coca-cola, y a las doce y cuarto, hora en que todavía no llegaban José Antonio y Joaquín, se fue a maquillar para su actuación. Había pasado un delicioso rato chacoteando con esa muchacha. Para fortuna mía llegaron José Antonio y Joaquín, con ánimo de “a lo que te truje, a lo que te truje”, o sea a buscar con quien acostarse, pues ya venían con sus copitas. Conté antes que venían desesperados por su mujer semanaria, contrariamente a mí. No es que sea jactancioso, pero a veces, en el trabajo invitaba a alguna secretaria, otra alma desesperada, y pasábamos sin ningún compromiso alguna tarde. Y si no fuera eso, definiría mi actitud, con una expresión de los muchachos de hoy día, me gustaba “cascarear”, esto es, esperar a que me cayera algo, y sucedía. Una pareja que se disgusta y se queda ella, y para eso uno es bueno.

Después de aquella vez en que invité a Carmina la mandé llamar con Ramón. Se hizo la interesante o yo no le importaba, porque no vino luego, sino después de la segunda variedad. Y pasé un rato muy entretenido, el cual lo hubiera continuado, salvo que tanto José Antonio como Joaquín Extremadura ya habían cumplido su cometido en algún hotelito cercano, y estaban impacientes por irse, para estar temprano por sus noviecitas para llevarlas a la puta misa. Porque debo aclarar que no siempre íbamos el viernes; si en este día no podíamos asistir, lo transferíamos para el sábado, como fue en esta ocasión.

Recapitulando: relataba cuando ese viernes vi medio jodida a Carmina, que además de estar con el ánimo bajo, estaba impaciente, la vi tamborilear con sus dedos índice y el de en medio.

—¿Te dejaron plantada, verdad?

—No exactamente.

—En caso de que sea lo que yo creo, ¿no te gustaría tomarte una copita fuera de aquí?

—No sé si tomarte la palabra, porque espero a mi hermano Pedro, el que vendrá, pero no sé cuándo. Es muy irresponsable. Consigo el permiso de actuar una sola vez y este bárbaro me deja aquí esperándolo. Mamá...

—¿Mamá?

—Mamá lo protege, cosa que no hace conmigo, porque sabrás que yo soy el macho de esa casa. Dejemos eso, no te voy a fastidiar contándote mis cabrones problemas. A tus amiguitos no les gusta el baile, o más bien no saben bailar. Mira ese muchacho, ese judío, que tiene muchos barro en la cara. Una que otra vez que he bailado con él, da gusto hacerlo, se entrega al ritmo, goza a la mujer. Con eso quiero decir que no es como tus amigos.

—¿Cómo son mis amigos?

—Pretenciosos, muy intelectualitos, muy rotitos.

—Tú no quisiste decir eso, no te hagas pendejita.

—Trato con tantos.

—Haz una excepción.

—Pues si lo quieres saber: ellos nada más vienen a eso. Ahorita vuelvo, ya llegó mi hermano Pedro.

Regresó con un objeto pesado, oscuro, que depositó en la mesa, el cual provocó un sonido metálico, aunque hubiera querido ser curioso, no era posible identificarlo en aquella penumbra, ella exclamó: “¡Por fin Pedro me trajo la llave!”

—¿Cuál llave?

—Cuál ha de ser, esta que tienes enfrente, sopésala.

La tomé: pesaba, fue tanta mi incredulidad que la palpé con los dedos; pregunté: “¿Y para qué la usas?”

—Inocente palomita, para qué otra cosa se usa una llave si no es para abrir una puerta, en este caso la de mi pinche casita.

—Te puede servir de defensa personal.

—Puede ser, no lo niego, el caso es que raramente la llevo conmigo. Mamá cree que así puede controlarnos, salvo como ahora...

—¿Ahora?

—Anoche la pasó en el hospital. Cuando terminé aquí fui allá a acompañarla. Claro que no dormí, por esa razón el dueño me permitió que actuara en la primera variedad, para que esté fresca mañana. Una cosa es que mamá disponga y otra que Pedro mi hermano coopere. Había quedado de estar aquí a las nueve.

—¿Entonces aceptas a tomar conmigo una copita?

—¿Qué no tienes hambre?

—Deja pensarlo, ya ves con las cubas.

—Yo te invito unos bisquets en un café de chinos: son muy buenos. Si tú quieres le pedimos a Ramón que te ponga en una botella vacía tu bebida.

Ya en el café la interrogué: “¿Vienes muy seguido aquí?”

—Muy de vez en cuando. A menos de que suceda algo en la casa, como cuando murió papá o ha estado enferma alguna hermana de mi madre. Cuando tengo antojo de estos bisquets, que son tan sabrosos, me los compra mamá y al regresar del trabajo me los como: dos cuando mucho. Hay que estar en forma.

—El que la va a perder soy yo: ¡tantas cubas! ¡Y las tortas!

—¿Comes mucho en la calle?

—Es mejor que en la casa de huéspedes.

—¿Qué día tienes libre para que comas en la casa unos romeritos?

—¿Qué es eso?

—Pues de dónde eres.

—Del Occidente.

—¿Eso dónde queda?

—No te hagas pendejita.

—¿Entonces eres de Jalisco?

—*Wrong number.*

—¿Qué dijiste?

—Equivocada.

—Bueno ¿de Nayarit?

—No.

—Pues así como hablas me parece que eres de Sinaloa.

—Me doy.

—¿Entonces te espero el sábado.

—¿Dónde?

—¿Qué no me vas a acompañar a mi casa?

Y sobre la misma calle donde estaba el Bagdad, hacia San Juan de Letrán, junto a un gran reja de una vecindad, creí reconocer el número treinta y nueve. Ya para despedirme le pregunté: “¿Y a qué hora nos vamos a comer los romeritos?”

—Depende de ti. ¿A qué horas acostumbras comer los sábados?

Me quedé callado. Yo tenía mi gran obligación: estar con el grupo de siempre. Si le hubiera dicho a las cuatro, que me parecía tardísimo, bien sabía que no hubiera podido desprenderme de ellos.

—¿Te parece bien a eso de las cinco?

—Si es a esa hora, acepto. ¡Qué bueno que lo pusiste así! No en punto.

—Yo era preciso, pero he tenido que acostumbrarme.

La cita era a las dos en el restaurante alemán —hubiera expresado como Car-

mina—: “A eso de las dos de la tarde”. Pues bien esa tarde yo fui el primero en llegar. Me gustó muchísimo ver aparecer a Fidencio Montes, quien hacía tres años que no volvía a México. Quizás no le tenía tanto afecto como a José Antonio o a Joaquín Extremadura, pero en su trato había un reto: sus silencios, reticencias, sus raros pronunciamientos, y las leyendas, que a tan corta edad circulaban sobre sus amores. Por otro lado era un amigo cordial, solícito, inteligente. Además de su presencia me alegró saber que Fidencio, no sé si por tacañería o por compromisos familiares, bebía poco, comía menos (todo era a escote), y se retiraba antes que nadie.

El quórum se logró un poquito después de las tres, el retrasado fue Joaquín Extremadura, quien, al disculparse, declaró que había ido a una exposición ganadera, para incredulidad de los que no lo conocían bien. Contrariamente a mis predicciones, Fidencio Montes se tomó cuando menos tres tequilas, yo no me quedé atrás. Y a la hora de pedir ordenó desde sopa. El mesero después de un intercambio de miradas conmigo no tomó ninguna orden de mi parte. Para disfrazar mi actitud me tomé una rebanada de pan negro con mantequilla. Desde las cuatro y media empecé a ver el reloj, discretamente. Fidencio había abandonado su murria y se le había soltado la lengua y la sed. A las cinco para las cinco apenas había empezado a comer; en eso se presentaron Herminio Quesada, Tomás Ibarra, Sergio Custodio, los tres jóvenes escritores. Mientras se les hacía un lugar, me dirigí al baño, y como si lo que iba a hacer fuera un delito, y yo sintiéndome culpable, salí del restaurante.

La puerta de la casa de Carmina era de madera, quizás de sabino, viejísima, con enormes chapetones, y la gran cerradura. Ella me abrió, y entré al zaguán, si es que se le pudiera haber llamado zaguán, el que consistía en un rectángulo que daba cabida a la puerta y a una persona, inmediatamente estaba una escalera de piedra con los peraltes muy desgastados; el barandal de hierro forjado, con un pasamanos, oscuro y liso, por el roce de varias generaciones; del alto techo pendía un farol, y que dada la proporción debía denominarse farolito. En una de las dos piezas que daban a la calle la recámara de Carmina, que apenas la vi; la otra era la sala. Me hizo sentir como si me hubiera trasladado a otra época: muebles de los llamados vieneses, dos o tres mesas, unos cromos, un espejo viejo, Lo único que contrastaba era una lámpara *art déco*, y el imprescindible piano vertical, con un tápalo, puesto que no era el típico mantón de Manila. Unos tapetes que habían tenido color, destacaban dos ramos de mercadelas, que con sus intensos naranjas le daban un toque de alegría, de contem-

poraneidad. Eso sí, todo limpiísimo, como acabado de sacudir; los vidrios, ya que no había nada de cristal, relucientes, como el precioso cabello de Carmina, bien cepillado, libre, el cual no había apreciado. Encima de una mesa, nada de esas que se acostumbra ahora para servir el café o principalmente las copas, sino que era elevada, una charolita, como las que empleaba mi abuelita, de porcelana, ceñida por una armazón de níquel o cualquier tipo de metal parecido con dos copas de tequila. También contrastaba fuertemente la presencia de Carmina, tan moderna, tan alegre, con un corte a la moda, rabón, y la frescura de su cutis sin ningún afeitte.

Lo primero que dijo fue: “Es lo que tomas a mediodía, en la noche te gusta la cuba, ¿verdad?”

—Casi le atinas, también me gustan las cubas a mediodía, pero hoy, imitador, al ver a un amigo que vive en Roma, no sé si por solidarizarme con él, me tomé varias.

—A mí sí me gusta el tequila: uno.

—Te cuidas.

—No me gustan los borrachos.

—¿Cómo le haces para sobrevivir?

—La necesidad, pero no nos metamos en esas cosas. Déjame poner un disco. Y para estupefacción mía destapó un antediluviano tocadiscos.

—¡No me digas que funciona! —exclamé descortésmente.

—Aquí todo es de la época de mamá, menos yo, por supuesto, y eso le molesta. Salud.

Me ponía un disco, se retiraba a la cocina, se sentaba un momento, para colocar un viejo-nuevo disco, con advertencias: “Éste es cuando doña Filemona —el falso nombre de mamá — tenía quince años”, y venía otro y otro. Me pasó al comedorcito de la casa, en un cuarto estrecho, y como tal eran los muebles de madera, escobeteados; en el breve alféizar macetas floridas, y medio se dejaba ver la parte de una jaula, que según comprobé después colgaban fuera de la habitación, con un canario blanco, muy cantador. Y no voy a decir como acostumbraba citar mi madre el dicho de una tía: “Todo delicioso ¿o sería el hambre?” Y para finalizar una nieve de esas de pueblo, sin grenetina, que me echó la nostalgia por mi tierra, por el calor, por el grito de los neveros.

Estuve tan contento platicando con Carmina que fue ella la que me señaló que ya eran las nueve y media, que debía arreglarse, que su madre, doña Filemona, estaba por llegar y que...

—¿Entonces qué? —pregunté.

—Espérame en el café de chinos. Pide algo, antes de las diez estoy por ti.

Esperé a Carmina hasta que terminó con su segunda actuación. Frente a la puerta de su casa me tomó de la mano: “A pesar, mi poeta, de que eres un intelectual te voy a enseñar a bailar”.

—No creo en los milagros.

—Empecemos a realizarlo —con su ronqueta voz, muy quedo empezó a tararear una tonada y a darme instrucciones. Mi torpeza aumentó por la risa que me causó, por el pensar, obviamente fijación, de que me vieran José Antonio y Joaquín Extremadura, o bien cualquier vecino haciendo esos desfiguros a las dos de la mañana. Por fin soltó Carmina a su pésimo discípulo. Ya para despedirme, Carmina sosteniendo la gran llave, comentó: “Tengo que ir a ver a una tía a Cuernavaca, mañana, pero me da flojera”.

—A mí me pasa lo mismo con la misa.

—¿La novia?

—La fe. ¿Y por qué te da flojera?

—Voy sola.

—Yo te acompaño.

Y a las nueve en punto estaba en la taquilla comprando dos boletos para Cuernavaca.

—La tía que vamos a ver es por parte de mi padre —me explicó Carmina. Resultó una viejecita cordial, rodeada de cuatro perros, todos callejeros, con un jardín chico, muy alegre. Después de recibirnos e invitarnos un agua fresca, preguntó por la salud de la familia de Carmina, y hasta allí se quedó. Luego sugirió que nos fuéramos al Chapultepec local, y le recordó a Carmina que estaba a unas cuantas cuabras. Mientras tanto ella nos prepararía algo para comer.

Ya en el parque me tomó de la mano Carmina y riéndose me explicó su gesto: “Para que crean que somos noviecitos, que salimos de misa, que nos dieron permiso para dar una vueltecita, aquí en Chapultepec, y además para que te sueltes, que dejes ese aire de apretado. Por principio de cuentas, quítate la corbata, yo te llevaré el saco”.

—Y yo te llevo la bolsa para que crean que soy maricón, ¿qué te parece?

—Hagámoslo. Nos vamos a divertir.

Y creyó que era verdad, que me iba a prestar a hacer esas payasadas. Es seguro que puse cara de espanto, porque Carmina se carcajeó, lo que hizo que se me

borrara la visión de que mis amigos, no tan sólo José Antonio y Joaquín Extremadura, me estaban viendo.

Con su sensibilidad se dio cuenta Carmina que ese tipo de actitudes me alarmaban, no volvió a insistir, sin que dejara de bromear; después me explicó que su tía vivía en compañía de un nietecito, que cuánto daría ella por llevársela a vivir a México, una vez que ella se estableciera por su cuenta. Después meneó la cabeza como arrojando algún mal pensamiento.

—¿Dónde nos podríamos tomar un tequilita? —preguntó Carmina.

—En una cantina.

—Tú estás fuera de la realidad. Aquí no se acostumbra eso: No hay *ladie's bars* en el sentido que tú los conoces; pero qué te explico, ha de ser como en tu tierra: en esos *ladie's bars* sólo entran las putillas, y yo todavía no lo soy. Además si entráramos podría suscitarse algún pleito, a dónde tú seguramente serías el perdedor.

—Compremos una botella.

—Claro que es lo que voy a hacer, porque yo invito y nos la vamos a tomar separadamente.

—No te entiendo.

—Si llegamos con la botella escandalizaremos a mi tía, a la pobre tía, va a pensar que soy una borracha, y si lo hiciéramos va a quedar despavorida. Mientras acaba de preparar la comida nos vamos a su patiecito a tomar tú primero, y luego yo y después tranquilos la atendemos.

Al terminar de comer la tía se nos quedó viendo, con una sonrisa exenta de malicia, nos propuso que nos durmiéramos la siesta, ¿acaso no teníamos cara de desvelados? A mí me llevó al cuarto de su nietecito, y ella se fue a su recámara con Carmina. Pardeaba cuando desperté. ¡Qué distinto a los domingos en la ciudad de México! Me pareció estarme viendo a la salida de los toros en compañía de Joaquín Extremadura y su novia, para reunirnos más tarde con José Antonio, a quien no le interesaban, ni tampoco a mi novia.

A Carmina la encontré en el jardincito quitando hojas secas. “¿Ya quieres que nos regresemos, verdad? ¿Extrañaste los toros?”

—Me acordé hace un momentito cuando desperté, pero no los extrañé. Si te voy a ser franco no extrañé nada. Y yo, no creas que soy exagerado, tenía terror de pensar en un domingo en la provincia, como si me fueran a expulsar del paraíso.

—¿Dónde está eso?

—Dame la mano y juguemos a los novios ante tu tía.

—No, porque después y para siempre me estará preguntando por ti. Y ella no es preguntona. Espera, creo que ya llegó mi sobrino. No me gusta dejar a la tía sola. Se me había olvidado decirte que se llama Carmen como yo. Se querían mucho ella y mi padre tanto que a su hijo como a su nieto, este muchacho que vas a ver, les puso el nombre de mi padre: Elpidio.

El muchacho se lamentó de que no hubiera sabido de la visita de Carmina. No hubiera ido a jugar. Él nos acompañaría a la estación de los camiones.

—Vente un día a quedar hasta el martes, para que descanses mi hijita —le recomendó la tía al partir nosotros. Íbamos a subir al camión cuando Elpidio, el sobrino, le entregó un bulto a Carmina: “Tía son unos tacos que te manda mi abuelita. Dice que te los comas cuando lleguen a Tres Marías y que no vayas a comprar nada allí. Para qué te digo, los hace sabrosísimos”.

El lunes día en que tampoco trabajaba la acompañé al cine. A mí que me gustaba tomarme a mediodía cuando menos una copa, no lo hice y me conformé con comer unos bisquets y un café con leche en el restaurante de chinos cercano a la casa de Carmina.

—¿Te puedo venir a buscar mañana en la tarde? —le pregunté al despedirme.

—Mejor nos citamos en un lugar determinado.

—¿Qué no estoy presentable?

—No es eso. No quiero que tengas contacto con mi madre.

—¿Contacto?

—No seas cabrón. Vas a creer que no te la presento porque es una puta. Es probable que lo hayas pensado: “La madre de Carmina es una puta vieja y fea”. Si así fue, quítatelo de la cabeza: ni es puta, ni es tan vieja y es presentable. Vámonos a tratar sin “el contacto” con los otros.

—A los únicos que conoces son a mis amigos. ¿Qué tan mal te caen?

—Dejemos de discutir tonterías. Mañana te puedo ver a eso de las cinco, si es que quieres acompañarme a hacer algunas compras, urgentes.

Y a mí que me rechoca hacerlo lo hice. Ahí vamos de almacén en almacén. Le pedí una cita para el día siguiente.

—No puedo: trabajo.

—¿Qué hay algún cabaret abierto desde temprano?

—Sé que es broma tuya, si no...

—¿Si no?

—Lo pediste: te mandaré de puntitas a la chingada.

—¿Entonces cuándo?

—Déjame pensarlo. Dame tu teléfono y el día que tenga la tarde libre te llamo.

A la telefonista de la editorial a donde trabajaba la acosé a preguntas: “¿No me han llamado en los momentos en que he estado fuera? La respuesta fue negativa. El viernes me puse en contacto con José Antonio y con Joaquín Extremadura. ¿Íbamos a ir al cabaret? Los dos me respondieron que les sería imposible, sus respectivas novias se habían puesto de acuerdo en ir a una boda... También a mi noviecita querida la habían invitado. ¿Qué no la había visto? Ya que iba a decir mentiras aproveché el momento para decir dos: no la había ido a ver porque había estado de visita un hermano mío que había venido del norte, y me sería imposible asistir a la boda, puesto que tenía un padecimiento estomacal. Les prometí hablarles al día siguiente.

Acostumbrado como estaba a verlos el viernes a mediodía me sentí incómodo por tener que comer en la maldita casa de huéspedes. Las perspectivas por los posibles quehaceres para esa tarde me parecieron insostenibles. Opté por ir a saludar a mi adorable noviecita, no tanto por ella sino por sus padres que habían sido muy gentiles conmigo. Esperaba de ella interminables reclamos; para detener la casi segura avalancha le expliqué de inmediato las consecuencias que sufría en ese momento por los excesos cometidos durante la estadía de mi hermano. Mujer con un gran amor propio, con su vocecita chinga quedito, me respondió: “No te preocupes Rico. Yo también estuve muy ocupada, y en cuanto a la boda de esa muchacha Origüela, no hubiera podido asistir, mi primo Raulito Bustamante se casa hoy en la noche. Voy a tener que dejarte muy pronto. Tú sabes, hay que ir al salón. Precisamente en veinte minutos tengo mi cita”.

No le dije cuándo la volvería a ver. Tácitamente dimos por roto nuestro “romance”. Yo no tendría necesidad de contárselo ni a José Antonio ni a Joaquín Extremadura, sus queridas noviecitas tenían expedidos vasos comunicantes.

Antes de las diez de la noche ya estaba en el Bagdad. Ramón el mesero, sin yo preguntárselo, me informó que Carmina ya estaba arreglándose para la primera variedad. Ya con dos fogonazos entre pecho y espalda me sentí reconfortado. Dilató ella en llegar a mi mesa más de diez minutos, con reloj enfrente. Se había quitado todo el maquillaje y cambiado a un sencillo vestido. En broma le reclamé: “¿Y por qué no me llamaste?”

—Tuve que hacer.

—¿Con otro?

—Ni con otro ni con otros.

—¿Entonces?

—Mira Rico, me costó trabajo no llamarte. Pero ¿qué tal si me acostumbro?

—¿A qué?

—A ti, pendejo.

—¿Y eso qué tiene...?

—Que es difícil y doloroso desacostumbrarse. Ahora sí te voy a decir una cosa, y a la cual estoy acostumbrada y a la que no temo entregarme en cuerpo y alma, porque, en caso dado, yo puedo satisfacerme.

—Explícate.

—¿Oyes ese ritmo que está tocando la orquesta? ¿Verdad que es precioso? Entonces vamos a entregarnos a esa costumbre: al baile. No me digas que no sabes porque te enseñaré, tampoco que no tienes ganas porque te las saco, y otra razón poderosa: no me importa que te emborraches, pero no sórdidamente porque te sientas solo.

Y con la ayuda de Carmina pude bailar y gozar el momento. Hasta me creí con dones que nunca había tenido. Con decir que bailé tres tandas, y ni una copa más. Ramón el mesero, amigo de Carmina, en ningún momento me conminó a que siguiera tomando. Regresábamos a nuestra mesa después de esa tercera tanda, riéndonos, que quepa la expresión “felices”, cuando vi dos bultos en nuestra mesa, fijé mi visión: José Antonio Domínguez y Joaquín Extremadura, al acercarme más constaté que efectivamente venían de una boda, propios para tal ocasión.

Carmina se dio cuenta de la impresión que me hizo el saber de su presencia, pues me detuve brevísimo instante.

—No los esperaba.

—Nosotros tampoco a ti —como en teatro dijeron los dos al unísono.

—Yo me alivié, y ustedes ¿no fueron a la boda?

—Yo no miento —repuso sin humor José Antonio Domínguez.

Agregó Joaquín Extremadura, conciliador: “No hubo ni banquete, ni música, sólo un vino de honor, que entre paréntesis es como me gustaría casarme”.

—¿Y ellas?

—Les invitamos una copa. No aceptaron. Por cierto que tu noviecita se presentó muy guapa y muy bien vestida.

Impulsivo le pisé el pie a Joaquín Extremadura para que no continuara, lo que de inmediato me arrepentí de haber hecho. Deseé que ella no hubiera oído

el comentario, cosa que no habría sido muy difícil estando ella a mi izquierda y mis dos censores a mi derecha. Al volverme hacia ella, había desaparecido. Y ellos para aprovechar el tiempo, pues se venía la segunda variedad, fueron a inspeccionar el ganado. Los vi malbailar. Regresaron brevemente a la mesa. No necesitaban habérmelo dicho, pero me esperaban ver con Fritz, antes de las tres. Al empezar la segunda variedad desaparecieron. Yo entretanto me tomé dos cubas libres y Carmina no se presentaba. Le mandé un recado con Ramón, que éste no desempeñó, al informarme: “Me parece que Carmina ya se va a ir”. “¿Vino alguien por ella?” “No creo”, me contestó. Salí precipitadamente a la calle y me aposté en la puerta de salida del personal. Llegué apenas a tiempo, no había prendido un cigarrillo cuando se abrió la puerta y apareció Carmina con otra de la variedad. Ella tenía la cabeza cubierta con una chalina, lo que le impidió verme de momento. Me acerqué, al reconocermé exclamó: “Mónica me va a acompañar a mi casa”.

—¿No tendrá Mónica inconveniente en que la acompañe a ella?

Mónica por respuesta se sonrió y se acercó a un hombre todo vestido de negro, incluso el sombrero, el único color era una corbata blanca, como salido de una película de Juan Orol.

Caminamos en silencio, ella lo rompió: “¿Te acuerdas que te dije que no quería saber nada de ti? ¿O te dije que no quería que supieras nada de mí? Esto es, que nos tratáramos como desconocidos, sin pasado”.

—Sí, creo que algo dijiste.

—No es creo: lo dije. Ya estamos frente a mi casa —se sentó en un rodete de un árbol, continuó: “Cuando hables baja tu chingada voz, se dice gutural ¿no?”

—Así lo haré: soy obediente.

—No obediente: sumiso con tus amigos. Les tienes miedo, apenas los viste te temblaron las piernas. Ellos no se dignaron hablarme cuando llegamos a la mesa, por eso me retiré. Hasta la fecha no tengo nada de qué avergonzarme, y no quiero que lo hagas por mí. Gracias por todo —cuando quise reaccionar ya se había metido a su casa.

Si dijera fui sumiso con mis amigos al estar en el restaurante de Fritz a las dos y cuarto diría una mentira, yo ansiaba estar con ellos: estimación, respeto, deseos inmensos de su reconocimiento y miedo de cualquier desaprobación de parte de ellos. Fue un sábado muy concurrido, con la asistencia de Fidencio, el poeta que vivía en Roma. Hemos de haber sido unos doce. El entusiasmo fue tal que Fidencio, con lo ordenado que es en sus gastos, invitó una ronda y se